

Todo es motivo de recelo; todo es anuncio de guerra. Propone Francia la union aduanera con Bélgica, Holanda y Suiza; é inmediatamente Bélgica y Suiza se niegan, aunque Holanda acceda, y Prusia ve en esa combinacion un caso de guerra. Propone Prusia á Holanda un sistema de libre navegacion por el Rhin que muere en sus pantanos, é inmediatamente Holanda se niega, y Francia ve en estas combinaciones, cuyo buen resultado seria provechosisimo á su comercio y á su industria, otro caso de guerra. Ni siquiera se puede tratar de los caminos de hierro sin que se susciten cuestiones gravísimas. Y lo peor del caso es que nadie acierta con el pensamiento de estos dos beligerantes, cuyas amenazas mútuas van siendo una catástrofe inmensa para Europa. Nadie sabe si Bismark es partidario de la paz ó de la guerra: ese es el terrible secreto que se reserva en sus selvas, donde pasea como el feroz cazador de la balada alemana. Tampoco sabe nadie si el Emperador y su primer ministro son partidarios de la política militar que pide la conquista ó de la política pacífica que pide la libertad. Id á leer un pensamiento tras esa máscara de bronce que se llama la faz del César. La Prusia desarma ciento veinte mil hombres y le trasmite esta noticia pacífica al gobierno francés. Y el gobierno francés responde por boca de sus periódicos oficiales que ese desarme no proviene de intenciones pacíficas, sino de necesidades económicas; que el presupuesto de la federacion no puede subir un céntimo; que el Tesoro del Norte de Alemania está apurado ya hasta en sus heces por la insaciable, por la hidrópica sed de Prusia. Un ministro de Baden pronuncia elocuente brindis en loor de la unidad alemana y vibran todas las bayonetas francesas. Un oficial francés oculta su nombre en largo viaje por Prusia y vibran todas las bayonetas alemanas. Esto es la ruina del mundo. Esto no puede continuar: ó la paz ó la guerra. Cese la incertidumbre.

Sí, porque esta incertidumbre era dañosa á todos los pueblos, y dañósima á los pueblos trabajadores, comerciantes. Así me explico los desaires hechos en aquellos tiempos por la Reina Victoria al Emperador Napoleon. Un nuevo día acababa de pasar en la capital de Francia la señora que simboliza hoy el Imperio británico. Ni devolvió la visita que le hiciera la Emperatriz, ni aceptó ninguna nueva visita. Empló cierto número de las doce horas trascurridas en la capital para recorrer los jardines de Saint Cloud, bajo cuyos umbrosos árboles pasó algunos dias felices con su llorado esposo. Pero como Reina constitucional de Inglaterra, no quiso dar ninguna muestra de simpatía á un gobierno odiado hoy por la nacion inglesa. Los cortesanos del Imperio francés decian que la Reina estaba muy mala, que los puros aires de los Alpes habian sobreescitado sus nervios, que la demencia era manifiesta, y la abdicacion en el príncipe de Gales próxima. Yo acababa de hablar con un diputado inglés, que la habia visto en Lucerna el dia de su partida; y me aseguró la robustez de su salud, la mejoría en las irritaciones nerviosas que padece después de su inmensa desgracia.

Lo que no podia perdonarse al Imperio era la incertidumbre eterna, la vacilacion invertebrada y crónica. Rohuer, la palabra del Emperador, prometia con grande seguridad la paz. Mas al dia siguiente de estas tranquilizadoras promesas del ministro de Estado, el ministro de la Guerra exponia con verdadero aparato unos planos en relieve de las fortificaciones del Rhin, planos que tomaron toda la importancia de un plan de campaña. Los curiosos habitantes de París, los cuerpos de la guarnicion, los alumnos de la escuela politécnica corrian en gran número, y algunos en corporaciones, á visitar el plano de los diques alzados para encauzar el diluvio de sangre próximo á desatarse sobre Francia á causa de los errores del Imperio. Esta exposicion pareció al ministro de Estado un alarde im-

prudente. Las discusiones por tan pequeño motivo se elevaron á la altura de una batalla política en los Consejos del Emperador, entre los que deseaban la dictadura con la guerra y los que deseaban la paz con la libertad. El estado de los ánimos parecia tan fluctuante, la opinion tan por extremo incierta, las ventajas de una campaña gloriosa y rápida se contrastaban de tal manera con los gastos y los sacrificios necesarios, que en los Consejos del Emperador penetraron por medio de palabras enérgicas las nobles aspiraciones de los amigos del desarme, único medio reconocido ya en Europa como suficiente á conjurar la ruina de todos los tesoros públicos y el hambre de todas las clases trabajadoras. Pero no encuentro en la red de instituciones tendidas por el Imperio sobre Francia, no encuentro absolutamente medio alguno de que la libertad penetre. Se necesitaria una abdicacion inverosímil, porque poderes tan fuertes como el Imperio Francés pueden sucumbir, pero no pueden abdicar. Las últimas leyes sobre libertad de imprenta y derecho de reunion, eran concesiones mezquinas que trazaban límites arbitrarios á facultades fundamentales de la naturaleza humana y de la sociedad. Sin embargo, asustaban al Senado francés, esa Cámara de cortesanos, inseparable compañera de todos los Césares en todas las épocas de decadencia. Y el gobierno, para aplacar su oposicion á las concesiones imperiales, se vió forzado á prometerle que en los momentos necesarios á su juicio, suspenderia los derechos de la prensa y volveria á la arbitrariedad. De suerte que el Imperio era capaz de conceder á los ciudadanos todas las libertades; pero á condicion de que no las practicasen; y era capaz de escribir toda clase de leyes, pero á condicion de vulnerarlas en su provecho. No se pueden gobernar así los pueblos en el siglo presente. Nuestra concepcion social es que el hombre hace con derechos constitutivos de su personalidad, derechos naturales, ingénitos á su sér, superior-

res y anteriores á todo gobierno, necesarios al cumplimiento de su destino y á la plenitud de su vida, y que ni un César, ni un Parlamento, ni todo un pueblo, tienen jurisdiccion alguna sobre esos derechos primordiales á cuyo conjunto llamamos la suprema libertad, y cuya realizacion es la suprema justicia. Y á esta concepcion social adquirida por la filosofía, universalizada por la revolucion, se oponen aquellos hombres que desde las alturas sociales debian descubrir los horizontes más dilatados y ver más pronto amanecer los nuevos dias de la historia. Las resistencias ciegas, las luchas porfiadas con el espíritu de un siglo engendran necesariamente las revoluciones. Y de esto Francia tiene en el presente grandes ejemplos, que no debian olvidarse porque la historia de los pueblos será siempre la Biblia ó el catecismo de los gobiernos. ¿De qué sirve vivir si no se aprende viviendo la ciencia de la vida?

Pero en las batallas dadas en torno suyo sobre las grandes cuestiones políticas, ¿qué haria el Emperador? preguntaba todo el mundo? Era infinito el número de sus partidarios oficiales. Ningun poder ha dejado de tenerlos hasta el dia de su caída. Unos como Niel querian la continuacion de la dictadura y la guerra; otros, como Rohuer la continuacion de la dictadura y la paz; otros, como Duvernois, la guerra y la libertad; otros, como Ollivier y Duruy, la libertad y la paz. Tened por cierto que en el encontrado oleaje de estas ideas henchidas unas por la ambicion y otras por la fé, el Emperador observaria, estudiaria, inclinaria uno dias al lado de los reaccionarios, y otros al lado de los liberales en las deliberaciones de sus Consejos; pero al cabo cumpliria su propia voluntad. Y su voluntad era la guerra. Dos razones le movian; dos causas le arrastraban. La ambicion de reintegrar á Francia en sus fronteras perdidas por el primer Imperio, y el deseo de perpetuar su dinastía. La libertad es una facultad demasiado preciosa para que caiga como don

gratuito de las manos de un dictador perpetuo, de un César. Y los Césares tienen demasiado vivo el instinto de la propia conservación para que ignoren la imposibilidad de unir en paz los derechos de los pueblos con su propia omnipotencia. Si no se había empeñado entonces la guerra, era porque el Emperador se encontraba frente á un enemigo formidable y sin alianzas seguras. Y el Emperador no se arriesgaba á una campaña sino contando matemáticamente con una victoria. ¿La obtendría? Hacia tiempo que se eclipsaba su estrella. Eclipsóse la estrella guerrera en la expedición á Méjico, y la estrella política en las negociaciones con Alemania. Su empeño de entonces necesitaba el vigor de una poderosa voluntad y la robustez de una florida juventud. Y poco á poco se le iba acabando la época mejor de la existencia.

La más grave de todas sus contrariedades era el movimiento persistente, tenaz, que se observaba en Alemania hácia la unidad. La reunión del Parlamento aduanero era una de las obras más perfectas que habían salido de la astucia de Bismark. Sin tener en apariencia aspiraciones políticas, sin excitar alarmas prematuras, Prusia pasaba la línea del Mein, puesta como un límite á su desarrollo, y reunía en una grande Asamblea los pueblos todos de Alemania, los cuales trataban de sus asuntos económicos, en cuyas entrañas se encontraba vivo y robusto, pugnando por salir á la luz de la vida, el feto de la unidad política. El discurso del rey de Prusia disgustó profundamente en las Tullerías. El *Monitor* tradujo el párrafo de *La Alemania una* con esta desviación y esta infidelidad ingeniosa, la Alemania compacta. Pero no hay institución que muestre la unidad alemana como el Zollverein, ni Asamblea que la acelere como el Parlamento aduanero. Pueblos de un mismo origen, de una misma historia, que hablan igual lengua, que componen una formidable nación, puesto que tienen los mismos intereses económicos, no deben estar políticamen-

te separados, por agrandar á sus débiles reyezuelos y obedecer á las conveniencias ya trasnochadas de la vieja diplomacia europea. A pesar de haber prevaecido en las elecciones del Sur si no un espíritu anti-unitario un espíritu anti-prusiano; cuando el presidente del Parlamento aduanero se vió rodeado de los representantes de todos los Estados personificando la unidad de la gran patria alemana trazada como un ideal en los libros de tantos filósofos ilustres, y cantada como una inspiración en los versos de tantos poetas inmortales, su espíritu se sintió como transformado en la esperanza ya cercana de tocar la realidad, y la palabra «unidad» cayó de sus labios entre grandes y ruidosísimos aplausos.

Por vez primera, una Asamblea económica se había elevado á la altura de una de esas Asambleas religiosas de la Edad Media en las cuales ponían sus ojos los pueblos por crearlas depositarias de la vida ó de la muerte eterna. La Asamblea de Berlín ciertamente nada tiene que ver con los misterios de allende la tumba; pero tiene mucho que ver con las prosperidades de aquende. Si no llevan sus diputados la vida ó la muerte eterna en sus palabras y en sus decisiones, llevan la vida ó la muerte de muchos hombres con la paz ó la guerra. Si el Parlamento aduanero precipitase, violentase la unidad alemana, sería inevitable la guerra. El Emperador Napoleón no podría tolerar por más tiempo que el pueblo francés le tomara por cómplice del crecimiento de la influencia alemana, y de la disminución de la influencia francesa en el mundo. La agitación que sus amigos han sembrado, los sentimientos patrióticos que han herido con sus continuas declamaciones contra la unidad germánica, serían grandes y tenaces acusadores de su política, la cual, como toda política arbitraria, no puede justificar su omnipotencia sino con el acierto y la victoria. El Parlamento aduanero tenía como todos los Parlamentos alemanes, cuatro matices: el feudal que andaba ocultándose tras

los resplandores de la corona de Prusia; el nacional, que deseaba la unidad de la patria mantenida por un gobierno fuerte; el nacional liberal, partidario de la unidad de la patria, pero en alianza con la libertad parlamentaria; y el radical que también quería la unidad de la patria, pero por medio de una confederación republicana. De estos cuatro partidos los dos extremos eran los más hostiles á la unidad: los feudales en virtud de su amor á las tradiciones y de su entusiasmo por los príncipes cuyas coronas han caído ó peligrado en el movimiento último; y los demócratas en virtud de su amor á la libertad y de su recelo de ver fundada la unidad alemana, el sueño de toda su vida, sobre un millón de bayonetas, y concluida ó rematada por una corona imperial. Pero hay un sentimiento en el cual se unen todos los partidos, porque es un sentimiento tan universal á los pueblos, como la dignidad á los hombres: la independencia. Y para sobreexcitar este sentimiento, no había nada tan propio como la conducta de Napoleón y su falaz política. Si cada decisión que el Parlamento aduanero tome á favor de la unidad, ha de ser asunto de una nota, decían los alemanes, si cada paso que dé hácia la reconstitución de Alemania, ha de ser origen de una amenaza, el Emperador Napoleón se encargará de mostrar prácticamente la necesidad de estar unidos para no caer bajo el yugo de la dominación ó de la influencia extranjera. Y sería muy fácil que sobreexcitada la fibra nacional, demócratas y feudales se asociasen á las miras de Prusia, solo por contrariar las miras de Napoleón. Las naciones son como grandes personalidades que dan de sí muy mala idea, que demuestran una inferioridad muy triste, cuando someten sus decisiones interiores á una potencia extranjera. Convencer á los pueblos del derecho que tienen á disponer de sus destinos, fué la grande obra de la filosofía del pasado siglo. Y realizar este principio ha sido la obra de nuestras revoluciones. No ha

tenido otro sentido esa larga epopeya de guerras que llenan nuestros anales: la guerra de los Estados Unidos contra Inglaterra, de España contra Napoleón, de la América española contra España, de Grecia contra Turquía, de Italia contra Austria. No tiene otra explicación la profunda simpatía que una antigua nacionalidad, Polonia, aunque aristocrática en su forma y reaccionaria en el fondo de su espíritu, despierta entre todos los pueblos liberales. No tiene otra justificación la conducta de hombres que como Bertani, Crispi, Garibaldi mismo, siendo muy republicanos, han apoyado la monarquía y la dinastía de Saboya en Italia, á fin de salvar dos principios capitales, á saber: la independencia y la unidad de la patria. Pues bien; no se podría comprender que siendo este sentimiento de la independencia tan general, y estando tan arraigado, lo dejase impunemente herir una tan grande nación como Alemania que ha venido á equilibrar en el continente con su poder la antes avasalladora influencia de la nación francesa. Y no se comprende herida más honda que ver á un soberano extranjero trazar desde lo alto de su trono límites á la voluntad de un pueblo sobre el cual no ejerce ninguna jurisdicción. Así es que unidas Alemania é Italia en una misma ofensa por ese doble veto escrito en las orillas del Mein y en las orillas del Tíber, no sería extraño verlas también mañana unidas en la guerra. Todo el mundo notaba la prolongada residencia del príncipe heredero de Prusia en Italia. Yo comprendo que los encantos de la bella patria de las artes encadenen largo tiempo á los que la visitan. Pero yo creo con el vulgo de las gentes que la residencia prolongadísima del príncipe de Prusia en Italia, solo se explicaba por las mútuas simpatías que nacen de su mútua situación política. Yo lo ví acompañado por la multitud, seguido á todas partes, aclamado con delirio, y creí notar en su impasible rostro de hombre del Norte, como un vivísimo deseo de